MONTEVIDEO, JUNIO 7 DE 1964

EL DIA

Suplemento Dominical fundado por don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932

AÑO XXXIII — Nº 1638



ANIVERSARIO DEL LICEO DE SAN RAMON

(Fotografía Jaime Edelman)

Celebrando el 25º aniversario de la fundación del Liceo San Ramón, en el Departamento de Canelones, se realizaron diversos actos públicos que se desarrollaron con gran brillantez, festejándose el fausto acontecimiento, de gran trascendencia y significación en la cultura.



"El Cerro de Montevideo", según grabado de William Gregory (1799), no aparece "aplastado a más no poder" como lo vio d'Orbigny (Colección Assunçao).

COMO NOS VIERON EN OTRAS EPOCAS

NOS gusta evadirnos con frecuencia en los libros de viaje o en los cuentos orientales, lecturas, ambas, que nos resultaron siempre atrayentes y placenteras desde la infancia, porque todo el derroche imaginativo de éstos, toda la opulenta fantasía taumatúrgica que es en sí misma una mágica alfombra volante, equivale sin desmedro a la nómada punzada viajadora que aquellos nos producen. En ellos aprendimos a soñar y a viajar.

El viaje, propio o ajeno, se anticipa con la ilusión, se confirma con la andanza, se consigna en las cuartillas, se revive leyéndolas. La copiosa literatura de los viajeros ha ido integrando un aporte valioso que sustancia informaciones novedosas, convirtiéndose en documento histórico y geográfico, ensayo sociológico, apuntación de costumbres, según el calibre intelectual del autor. Pero, en todos los casos, un testimonio humano directo, rico de sentimiento y experiencia. A través de lo individual, conseguimos asomarnos a la corriente universalista de la más vieja aventura de todos los tiempos.

Cuando el viajero comenzó a ampliar su conocimiento de mares, tierras y hombres, y la hazaña atlántica trajo al continente americano a los grandes sabios e investigadores científicos de toda latitud —después que dejaron de venir los Descubridores, y, de otro modo descubridores también— sus anotaciones no fueron más significativas que las de los meros curiosos que anhelaban ver gentes, cosas y comarcas nuevas. Unos y otros registraron sus impresiones; y si las memorias de viaje de los últimos pecaron algunas veces de excesos fantasiosos, los diarios de a bordo se apartaron muchas veces de la fría objetividad. Nacieron de ellos volúmenes en los que la impresión personal, el comentario, la censura o el elogio, el asombro o el desdén de quienes se sentían superiores y civilizados, apartaron de la sequedad estadística de los libros de bitácora, para volverse un palpitante relato en el que vibra la emoción del hombre. En esos "diarios" náuticos, apunta una forma somera de la crítica, y jalonan el afán de aventuras, la preocupación de ampliar los sabidos horizontes, de ir, siempre más allá, por rutas inexploradas, abriendo derroteros, y ensayando en cada puerto el renovado riesgo de la esperanza.

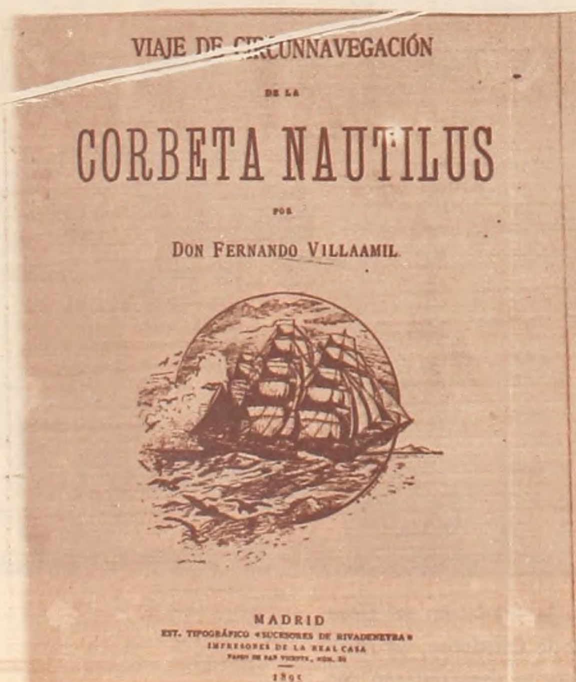
De esa abundante bibliografía a la que recurrimos a menudo, extraemos hoy al azar, sin propósito cronológico alguno, ciertos fragmentos de cronistas que se refirieron particularmente a nuestro pasado, para descubrir con qué ojos nos vieron y miraron. Fueron muchos, y muchos ilustres entre ellos. Sólo citaremos unos pocos.

El célebre Bougainville, que pasó por Montevideo varias veces, que se encumbraba en el prestigio de su cultura superior, alabado por Diderot como representación genuina del espíritu de los Enciclopedistas, en su primer atisbo de nuestra ciudad, ya entonces se queja de la leña cara; pronto descubre las "tormentas horrorosas", las devastadoras pamperadas criollas, y aconseja desconfiar *"de una cadena de rocas que se extiende desde algunos cables a la altura de Punta del Este de esta bahía; la mar rompe allí y las gentes del país la llaman la Punta de las Carretas"*; y añade una acotación interesante: que *"con poco trabajo y poco coste se podía hacer en el río de Santa Lucía uno de los puertos más bellos del mundo"*.

Observador experimentado, señala Bougainville: *"En las huertas, sean de la ciudad, sean de las casas de las cercanías, no se cultiva casi ninguna legumbre: se encuentran solamente melones, calabazas, higos, melocotones, manzanas y membrillos en gran cantidad. Los animales son tan numerosos como en el resto del país, lo que, unido a la salubridad del aire, hace la escala en Montevideo excelente para las tripulaciones; únicamente se deben tomar medidas para impedir la deserción. Todo incita a ello al marinero en un país donde la primera reflexión que le sorprende al desembarcar es que se vive allí casi sin trabajar. En efecto, ¿cómo resistir a la comparación de deslizarse en el seno de la ociosidad* —¡ah nuestros bravos uruguayos de ayer y de siempre! — *los días tranquilos, o languidecer, hundido bajo el peso de una vida constantemente laboriosa y acelerar con los trabajos del mar los dolores de una vejez indigente?"*. Buen catador el francés. Han pasado casi doscientos años sin que hayamos cambiado mucho. (1)

Por su parte, el benedictino Pernetty, al igual que el anterior, subraya la indolencia natural, la inclinación al ocio, la conversación en rueda, el mate y el cigarro, la poca afición al trabajo. "Nuestros rasgos más típicos"... *"Beben mate a toda hora"*, apunta José de Espinosa. (2)

Cuando el asturiano Fernando Villaamil llegó a bordo de la corbeta "Nautilus", lanza el primer requiebro a la ciudad comparándola con una Cádiz sin murallas y un poco bombeado el terreno. Alaba la belleza del Cerrito, La Unión, los Pocitos; habla con encanto de la temporada de baños en Ramírez, un lujo al decir suyo. Elogia a las mujeres. Hasta el cementerio y el manicomio le arrancan frases de aprobación. Entre líneas, alguna ligera reserva, como esta: *"Cuando todo en en él (país) se encuentre cruzado de ferrocarriles y se faciliten los medios de transporte, desaparecerán las típicas carretas arrastradas pesadamente por bueyes"*; y esta otra que casi actualiza el comentario: *"Si se hubiese resuelto favorablemente el problema de transportar carnes frescas a los mercados de Europa"*... ¿es de 1894 la preocupación, o acabamos de leerla en algún diario de hoy? (3)



VIAJE DE CIRCUNNAVEGACIÓN

DE LA

CORBETA NAUTILUS

POR

DON FERNANDO VILLAAMIL

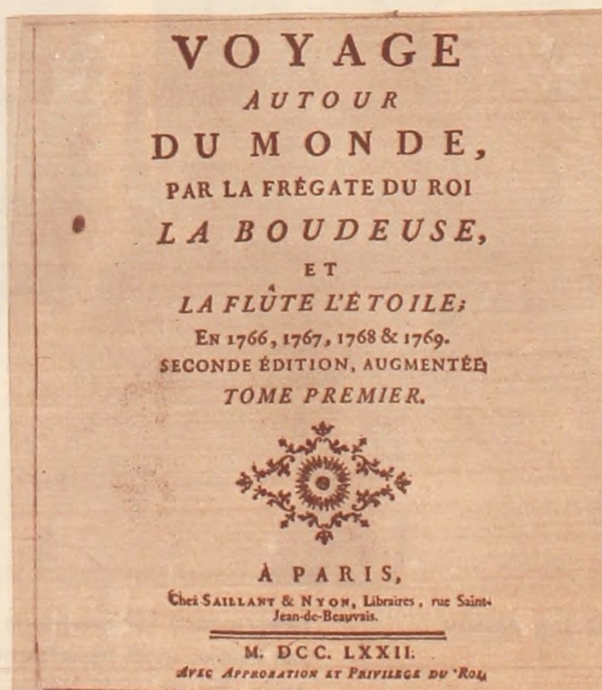
MADRID

EST. TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

IMPRESORES DE LA REAL CASA

1895

Portada de la primera edición del «Viaje de circunvalación de la Corbeta "Nautilus"».



VOYAGE

AUTOUR

DU MONDE,

PAR LA FRÉGATE DU ROI

LA BOUDEUSE,

ET

LA FLÛTE L'ÉTOILE;

En 1766, 1767, 1768 & 1769.

SECONDE ÉDITION, AUGMENTÉE

TOME PREMIER.

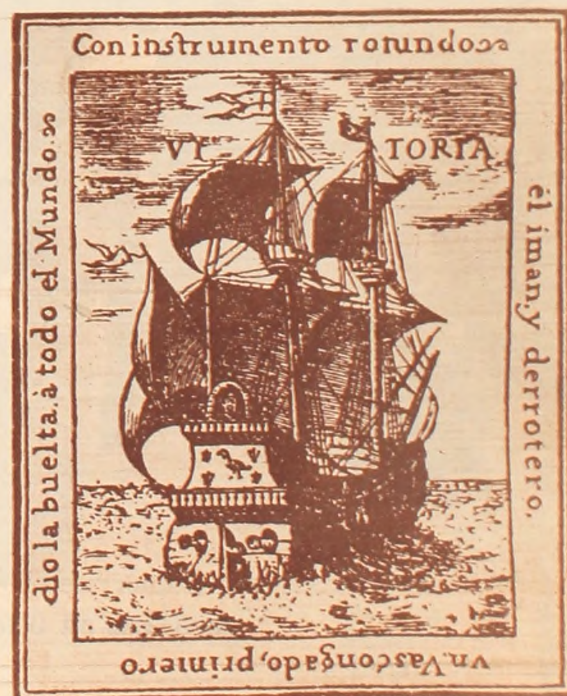
À PARIS,

Chez SAILLANT & NYON, Libraires, rue Saint-Jean-de-Beauvais.

M. DCC. LXXII.

Avec Approbation et Privilege du Roi.

Portada de la segunda edición del «Viaje de circunvalación de la Corbeta "Nautilus"».





El naturalista francés Alcides Dessalines d'Orbigny.



En esta estampa del Mercado, según litografía de Lauv ergne (1836) se ven las carretas de bueyes que preocupaban a Villaamil. (Colección Assunçao).

Al arribar el francés Augusto Guinnard, a mediados del siglo **XIX**, joven, amante de los viajes, inexperto y ambicioso, que buscaba la felicidad en estas remotas tierras, cayó, en cambio, en medio de *"una de esas insurrecciones tan frecuentes en las repúblicas del Plata"*; la primera noche, en su hotel, el tiroteo no le dejó dormir. Y cuál no fue su azoro, al día siguiente, al comprobar que la gente salía a la calle como si aquello no ocurriese. (4)

El famoso naturalista francés Alcides Dessalines d'Orbigny no esconde su desilusión: *"Esperaba ver altas cimas, pero, ¡cuál no fue mi sorpresa al encontrar un territorio completamente llano! La tan mentada montaña era una simple colina de forma cónica aplastada a más no poder"*. De tal modo quedaba de desairado en sus recuerdos nuestro "rasgo promiente"! *"El aspecto general del país me inspiró tristeza"*, dice d'Orbigny, opuesto al entusiasmo incondicional de Villaamil; la realidad no se ajusta a lo que había soñado; halla una naturaleza empobrecida, lejos de *"aquella América ideal que mi imaginación se había forjado"*. Los barcos brasileños en la bahía, proclaman la dominación extranjera. Los brasileños no parecen gustarle nada a d'Orbigny: *"Creía posible bajar a tierra el mismo día; pero en esos países poco civilizados, y sobre todo en la nación más desconfiada del mundo, la brasileña sucedió de una manera muy distinta"*. Para peor tropieza aquí con un compatriota que munido de falsas credenciales científicas, pasaba por naturalista, como él, lo que da lugar a mal entendidos; empeoradas las cosas cuando el farsante se aprovechó de su falsa actividad, para pasar por la aduana cajas de supuestas preparaciones de historia natural, que contenían en realidad productos con los que instaló una perfumería. Ayer como hoy... Es lógico que Bougainville no llevara de Montevideo el más grato de los recuerdos, cuando sus observaciones barométricas dieron por resultado una ignominiosa detención, pues un oficial brasileño que no quiso convencerse de que con un barómetro no podía levantarse un plano, desencadenó un fastidioso procedimiento de interrogatorios y proceso verbal que terminó con el ilustre sabio francés en las Bóvedas, entre una veintena de prisioneros esqueléticos. Le pidieron excusas, después. (5)



El Manicomio (grabado de 1885) cuya organización tanto admiró a Villaamil. (Colección Assunçao).



El joven A. Guinnard, que pasó por Montevideo antes de caer prisionero durante tres años entre los indios Patagones.

De enorme interés son las crónicas de los viajeros que nos visitaron en tiempos de las Invasiones Inglesas, que reflejan la evolución favorable de la vida montevideana al influjo de los invasores. Pero un recorrido detallado de aquellos textos nos llevaría más tiempo del que aquí disponemos, cuyo sólo objeto es ir viendo al paso, testimonios distintos sobre nuestro pasado, visto con ojos diferentes.

Para concluir, nos importa el juicio imparcial del más tarde famoso historiador Maspero, que llego muy joven a estas playas, en momento de elecciones: *"Don Lorenzo Batlle es muy querido por los extranjeros; es un hombre honrado, no es ladrón ni amigo de los ladrones. La administración que se había reclutado entre los bandidos más expertos del país, se va a depurar con él"*. Así fue. (6)

Ha pasado mucho tiempo, pero, en la mayoría de los casos, aún podemos reconocernos en los antiguos testimonios.

Dora Isella ***RUSSELL***

Los fragmentos citados (1), (3), (4) y (5) han sido tomados de la colección "América en los grandes viajes", Bibliotheca Indiana, vol. I-IV, ed. Aguilar, Madrid. Los fragmentos (2) y (6) han sido transcriptos del Prólogo del Prof. Ariosto González a la "Iconografía de Montevideo", ed. Concejo Departamental de Montevideo, 1955.

(Especial para **EL DIA**)

POZZUOLI

Un tramo de la galería que existe debajo de la arena del anfiteatro de Pozzuoli; construcción de la época de los Flavios. Nótese en la bóveda las aberturas cuadrangulares por donde se subían hasta la arena las jaulas con las fieras para los espectáculos de cacería.

LA noticia que pocos días ha nos diera la prensa del incendio de la catedral de Pozzuoli, fue acicate eficaz para poner en marcha los recuerdos y acercarnos a unos de los rincones más sugestivos del golfo de Nápoles; geografía, historia, arte, cultura, encuentran siempre un eco hondo y eficaz allí, donde por milenios el hombre no ha dejado de mantener una vida encendida, trepidante y esperanzada.

La catedral de Pozzuoli es como una sosegada isla de penumbras para quienes después de recorrer sus blancas y populosas calles, llegan encandilados hasta el barrio alto donde aquélla se levanta; en la parte externa de la catedral son visibles aún la porción superior de seis columnas corintias que pertenecieron al templo de Augusto el que posteriormente fue transformado en templo cristiano. Las modificaciones llevadas a cabo en el siglo XVII destruyeron gran parte de la estructura del templo de Augusto para dar lugar a la actual forma arquitectónica de la catedral.

En el interior de este templo se conservan importantes pinturas del 1600, sobre todo de la escuela napolitana; entre ellas hay (¿o había?) una de Juan Lanfranco (1582 - 1647) que representa *"El desembarco de San Pablo en Pozzuoli"* la cual por el motivo histórico que representa, por sus bellos contrastes de luz y sombras, por la frescura de algunas soluciones a problemas pictóricos, llama poderosamente la atención. Y efectivamente, a Pozzuoli llegó en el año 61 de nuestra era, el apóstol San Pablo cuando, apelando al César por su condición de ciudadano romano, era llevado prisionero a Roma para ser juzgado. De ello queda testimonio en "Los hechos de los Apóstoles" donde en el capítulo 28, 12 - 14, leemos: *"Arribados a Siracusa permanecimos allí tres días; de allí, costeando, llegamos a Regio* (de Calabria), *y un día después comenzó a soplar el sur, con ayuda del cual llegamos al segundo día a Pozzuoli donde encontramos hermanos* (en la fe) *que nos rogaron permanecer con ellos siete días..."*

¡Cuántos contrastes — más hondos todavía que los claro-oscuros de Lanfranco — en aquellos días del año 61 en Pozzuoli!

Este puerto era entonces el puerto principal de Roma; todavía Ostia no había crecido tanto a pesar de los trabajos de Claudio y Nerón, como para representar una competencia frente a Pozzuoli; recién éste comenzará a palidecer con la importancia que dará Trajano al puerto de Ostia. A Pozzuoli llegaban las naves cargadas de mercaderías y granos desde el Oriente; en sus almacenes sin número se guardaba el trigo, la cebada, las legumbres secas que iban a parar a los mercados de Roma, de Cuma y de otras ciudades. Aún hoy — desde el aire y en especiales condiciones de luz — se pueden ver muchos de estos almacenes cubiertos por las claras aguas del Mediterráneo.

Ello es debido a que en esta parte de la costa del golfo de Nápoles se produce un fenómeno llamado bradisismo que, en un constante pendular, hace subir y bajar el nivel del terreno; hoy esos almacenes se encuentran a 8 - 10 metros bajo el agua. Hacia fines del 1700 este fenómeno alcanzó (en época moderna) su mayor altura, comenzando luego, a descender nuevamente; descenso que se ha mantenido activo hasta los días presentes.

Hace pocos años, Amadeo Maiuri descubrió en Pompeya un precioso testimonio del comercio cerealista que se desarrollaba en Pozzuoli; trátase del archivo de un rico

Cabo Miseno. En su proximidad estaba el puerto donde fondeaba la gran flota de guerra que el Imperio Romano mantenía en el mar Tirreno.



comerciante dueño de algunos almacenes en este puerto; por documentos de este archivo podemos saber que un rico cargamento de cereales y legumbres depositado en las barracas de este pompeyano en Pozzuoli fueron dados en garantía por el préstamo de una elevada suma de dinero.

También las industrias contribuían a acrecentar el movimiento demográfico y económico de Pozzuoli; por Plinio, por ejemplo, sabemos que aquí se habían instalado fábricas de vidrio y según el ilustre historiador, ello era debido a lo apropiado de las arenas del litoral para esa industria. Importante debió de ser esta fabricación pues llegó a dar nombre a un barrio de la ciudad (había un *"vicus vitrarius"*) y por otra parte no se puede pensar en un tanteo de fabricación pues debía tratarse de una industria madura ya que debía hacer frente a la competencia de los vidrios que venían de Siria que en este campo tenía una tradición vieja ya de muchos siglos.

En aquel mar de gente que se movía por las calles, muelles y almacenes de Pozzuoli ¿no se habrá cruzado San Pablo con Séneca? Porque el gran filósofo hispánico todavía gozaba — en aquel año 61 — de su alto prestigio en la corte de Nerón que en la muy cercana Baia solía derrochar lujos y placeres. Y a los muelles de Pozzuoli se allegaba Séneca para recibir noticias de sus tierras de Egipto que formaban parte de su rico patrimonio.

El movimiento comercial e industrial de Pozzuoli atrajo a ella gente numerosísima de todas partes del imperio dando lugar a que nacieran corporaciones o asociaciones según las nacionalidades, lo cual, a su vez, trajo la introducción de creencias y cultos variadísimos, sobre todo de procedencia oriental; entre estos cultos, los que tuvieron más auge, fueron los traídos de Egipto sin duda porque Alejandría era puerto donde residía gran número de armadores que atendían el tráfico marítimo.

Otra circunstancia que hizo la prosperidad de Pozzuoli fue la vecindad del puerto Miseno que era el fondeadero de la gran flota que Roma mantenía en el mar Tirreno (*"Classis Praetoria Misenensis"*); de Miseno fue que el 24 de agosto del año 79 Plinio el Viejo, comandante de aquella flota, salió con sus más veloces naves a vela y remo para socorrer a los habitantes de Pompeya y Herculano que el fuego, los gases y las cenizas del Vesubio hacían huir despavoridos. Y sabemos que el buen Plinio murio heroicamente asfixiado por los gases después de haber desembarcado en la playa.

Otro célebre pasajero que puso pie en Pozzuoli es Flavio Josefo quién llegó a este puerto en el año 64 después de haberse salvado de un naufragio; Flavio Josefo es el historiador judío que nos dejó obras tan importantes como *"Las guerras de los judíos"* y *"Antigüedades judías"*.

La historia de este puerto se prolonga también hacia atrás en el tiempo; su nombre está ligado a las guerras púnicas, al sitio de Cuma; griegos, etruscos, romanos, samnitas, se vinculan a Pozzuoli que es siempre un eslabón importante en la topografía de los grandes acontecimientos históricos.

Un día, bajo el reinado de Augusto, una nave alejandrina que iba hacia Pozzuoli, se encontró con la nave en la cual viajaba el Emperador; los marineros de la nave mercante se agruparon en la borda y al unísono saludaron a Augusto con estas frases:

"Gracias a ti, vivimos."

"Gracias a ti, navegamos."

"Gracias a ti, conquistamos libertad y riquezas."

Era la *"Pax Romana"* en la cual se gestó nuestra civilización.

Luis BAUSERO

(Especial para EL DIA)



Retrato del Emperador Cómodo descubierto en la calle Luciano de Pozzuoli en el año 1951 al abrir los cimientos de un edificio. Es uno de los retratos mejor conservado de este Emperador.





Pintoresca vista de la luminosa Pozzuoli. Esta ciudad fue fundada por los griegos en el siglo VI a.C.

VAL D'AOSTA

LOS Alpes aparecen en algunos majpas como una cadena compacta de montañas; pero en realidad están formados por grupos aislados, por enormes macizos separados por valles largos y profundos donde mugen los torrentes y murmuran los ríos cuyas aguas, en la vertiente meridional, afluyen al Pó o al Adriático.

Por uno de estos valles baja desde los Alpes hacia el Este la Dora Báltea que pasa por sonrientes aldeas montañesas y severos castillos medioevales; y, antes de torcer el curso hacia el Sur, deja a su izquierda la ciudad de Aosta de la cual toma el nombre una amplia región, de unos tres mil trescientos kilómetros cuadrados de superficie, situada al Noroeste del Piamonte.

La región se llama *Val d'Aosta* —Valle de Aosta— aunque no encierra un solo valle sino un conjunto de valles por los cuales bajan unos treinta torrentes cuyas aguas turbulentas y espumosas van a engrosar las aguas de la Dora Báltea que corre por el gran valle central.

El nombre de Val d'Aosta dado a ese conjunto es debido a que está rodeado por los imponentes macizos de Monte Rosa, del Cervino y por el Paso del Gran San Bernardo, al Norte; por el Monte Blanco, el Paso del Pequeño San Bernardo y Sassiere, al Occidente; por el macizo del Gran Paradiso, al Sur; y por los Prealpes Bielleses al Oriente.

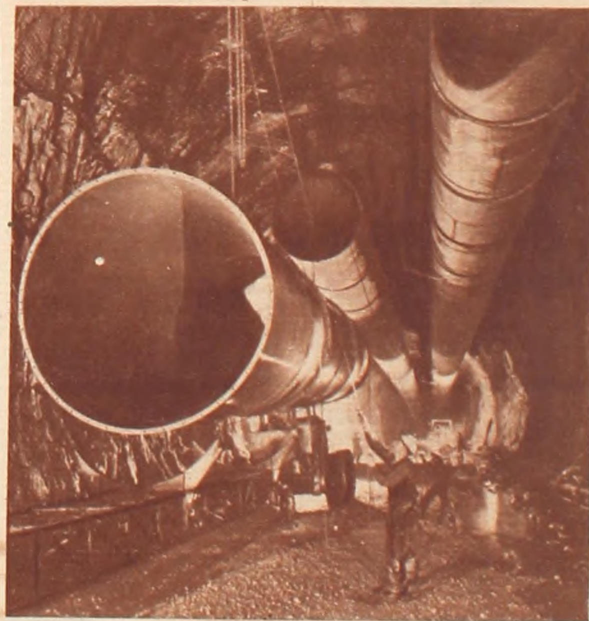
Nos hemos detenido en estos datos geográficos porque de los mismos puede deducirse que es difícil encontrar otra región más hermosa y, al mismo tiempo, mejor defendida por la Naturaleza que Val d'Aosta. Tan hermosa que actualmente es una de las metas preferidas por los turistas, y tan bien defendida que cuando —hace veinte siglos— el resto de Italia era romano y las provincias romanas se extendían desde el Atlántico hasta el Cáucaso y desde el Mar del Norte hasta el Sahara, los montañeses de Val d'Aosta —los "salassi"— eran aún independientes del poder de Roma.

Sólo en el año 25 a. C. los salassi se sometieron a los romanos, los cuales, según su antigua costumbre, para asegurar el dominio construyeron en Val d'Aosta dos carreteras —antepasadas de las modernas Strade Statali Nos. 27 y 28 que siguen el mismo trazado—, establecieron estaciones a lo largo de estas carreteras y edificaron una colonia, verdadero campo atrincherado, a la cual en honor de Augusto llamaron Augusta Praetoria, la ciñeron de murallas y la dotaron, entre otras cosas, de un teatro, de un arco monumental, de un anfiteatro monumental y de puertas monumentales.

Aún existen los restos de aquellas antiquísimas estaciones y de las carreteras que atravesaban los Alpes por el Pequeño y el Gran San Bernardo; y aún existen en la antigua Augusta Praetoria —que transformó su nombre en Aosta— el arco monumental y la grandiosa Porta Praetoria. Cerca de ella están los restos del teatro romano, restos del anfiteatro afloran en el Convento de las Hermanas de San José, murallas romanas asoman en la antigua circunvalación y una torre romana se yergue frente a la estación ferroviaria de Aosta.

"Las señales del pasaje de las legiones de César y de Augusto —escribía Andrés Podestá— desafían la obra destructora de los siglos y la furia destructora de los elementos. Estas marcas imborrables de la potencia de Roma parecen plasmadas con el granito como si al granito y a las rocas remontase su época".

Pasan los siglos, llegan las invasiones bárbaras y de la época bárbara queda la cripta del siglo VIII debajo de



Túnel carretero del Monte Blanco. Colocación de las tuberías de ventilación.

Torre Campanaria de Sant'Orso (siglo XII).

la iglesia de Sant'Orso; en el siglo XII el arte románico levanta esta iglesia y su hermosa torre campanaria: en cuatro siglos la religión subió de una cripta a un campanario, del oculto y oscuro subterráneo a la luminosidad y diafanidad del cielo.

Y frente a la torre de la iglesia, las torres de los castillos esparcidos en Val d'Aosta. Los romanos no construían castillos, no los necesitaban; sólo cuando la potencia del Imperio se desmenuzó en minúsculos dominios de mil señores, Val d'Aosta se cubrió de castillos que desde sus feroces e inaccesibles soledades dominaban los valles y los hombres

Nos extenderíamos demasiado si los describiéramos, desde los construídos en los siglos XII y XIII que, a pesar de modificaciones posteriores, no han perdido su aspecto áspero y ceñudo, hasta los de los siglos XIV y XV cuyas formas belicosas externas contrastan con la delicadeza y el espíritu humanístico que el influjo del Renacimiento imprimió en los ambientes internos.

Todos ellos vigilan el valle por donde pasan la Dora Báltea, la línea férrea y la Strada Statale Nº 28; de esta última parten otras seis carreteras hacia los encantadores valles de esmeralda situados a los pies de los gigantes alpinos cuyas nieves eternas centellean bajo el profundo azul del cielo.

Una de estas carreteras — la Strada Statale Nº 27 — parte de Aosta hacia las sinuosidades del *Monte Giove* — Monte Júpiter —. Ese nombre es debido a un templo dedicado a Júpiter que los romanos habían edificado en la cumbre, a dos mil quinientos metros de altura y en el lugar más frío de Europa. Los religiosos del Hospicio del Gran San Bernardo restauraron ese templo y han conservado en el Museo del Hospicio los tesoros arqueológicos que encontraron.



Aosta. Castillo de Fenis (siglo XIV).

En el siglo X había muchos hospicios diseminados en Val d'Aosta; pero los sarracenos que ocupaban la Provenza penetraban en este valle y los saqueaban. Bernardo de Mentón, un monje que era también soldado, reunió a los montañeses, los dirigió él mismo contra los sarracenos, alcanzó a éstos en el Monte Giove mientras huían con las presas, les infligió una derrota definitiva y les quitó el deseo y la esperanza de volver a penetrar en Val d'Aosta. En lugar de reconstruir los antiguos hospicios saqueados, construyó otro de grandiosas dimensiones en la misma montaña donde obtuvo la victoria, montaña que en su honor, cuando él fue santificado, cambió el nombre de Monte Giove por el de San Bernardo.

El Hospicio puede albergar hasta quinientos viajeros; en su iglesia hay una lápida, está escrita en latín, lleva la fecha del 11 de diciembre de 1804 y está dedicada a Napoleón. A la entrada de la iglesia, hacia la izquierda, está el monumento y el sepulcro del General Desaix con la lacónica inscripción: "A Desaix, muerto en la batalla de Marengo".

Hermosos perros de color marrón y de manchas blancas en la cabeza vagan alrededor del Hospicio: ellos son los valiosos y heroicos auxiliares — casi diríamos los protagonistas — de la gran obra de solidaridad humana que cumplen los religiosos.

La Strada Statale Nº 27 se une a la carretera suiza que pasa por Bourg Saint Pierre por un túnel abierto en el año 1962. El túnel tiene una longitud de cinco mil ochocientos ochenta metros y permite el tránsito de unos trescientos mil vehículos por año. Para permitir que ese tránsito se desarrolle normalmente en cualquiera estación del año e impedir que lo obstaculice la nieve, que suele llegar hasta una altura de cinco metros, se construyó del lado italiano una autopista cubierta en una longitud de diez kilómetros, hasta la entrada del túnel.

Este túnel carretero parte de mil ochocientos setenta y cinco metros de altura sobre el nivel del mar; por consiguiente es el más elevado que existe. El más elevado, pero no el de mayor longitud ,ya que otro túnel carretero ha sido excavado debajo del macizo del Monte Blanco para unir la Strada Statale Nº 28 con la carretera francesa de Chamounix. La longitud de este segundo túnel es de once mil seiscientos metros; esa gran obra de ingeniería permite el tránsito de unos quinientos vehículos diarios y acorta la distancia entre Roma y París en doscientos kilómetros. Como la frontera entre Italia y Francia pasa por la cumbre del Monte Blanco a cuatro mil ochocientos diez metros de altura, el trabajo y el costo del túnel se repartió entre las dos naciones.

Es muy sabido que el Monte Blanco es la mayor elevación de Europa, que consta de un gigantesco macizo que comprende muchas cumbres y grandes ventisqueros, y que el panorama que se abarca desde su cumbre es maravilloso. Menos sabido, tal vez, es que la más dilatada extensión que se divisa en la superficie del planeta es la que se extiende desde la cumbre del Monte Blanco hasta el Pic du Midi en los Pirineos.

A unos diez kilómetros en línea recta hacia el Sur, se abre el Paso del Pequeño San Bernardo con su respectivo Hospicio, fundado también por San Bernardo, a dos mil ciento ochenta y ocho metros de altura. Se llega a él por la Strada Statale Nº 28 que alcanza Pré Saint Didier entre castillos medioevales, praderas y usinas que elaboran el mineral de hierro transportado de las minas de Cogne por medio de cablecarriles y ferrocarriles eléctricos a través de túneles impresionantes.

Después de Pré Saint Didier se pasa por una estrecha garganta por la cual se precipita con fragor el río Dora de la Thuile. La Thuile es la antiquísima *Mansio* — estación — construída por los romanos sobre la carretera que por el Pequeño San Bernardo llevaba a la Galia; ahora es una aldea de unos dos mil habitantes en un hermoso valle. Cablecarriles y ferrocarriles eléctricos transportan antracita que se extrae de minas cercanas; fértiles praderas y montañas imponentes embellecen el paisaje. Y, antes de llegar al Hospicio, algo más pequeño que el del Gran San Bernardo pero con la misma elevada misión, los restos de otras dos estaciones romanas y la estatua de San Bernardo sobre una columna romana que adornaba el templo de Júpiter edificado en este lugar hace unos dos mil años.

Hacia el Este del Pequeño San Bernardo y al Sur de Aosta se levanta a más de cuatro mil metros de altura el grandioso macizo del Gran Paradiso, Parque Nacional de unos mil kilómetros cuadrados de superficie. Ocho torrentes bajan por los valles hacia la Dora Báltea; anémonas de los Alpes cubren los valles, bosques de coníferas embalsaman el aire, pequeños y tranquilos lagos reflejan el azul del cielo, los gamos corren jugueteando y las ardillas se asoman curiosas entre las ramas de los abetos. La nieve viste las altas cumbres de frescura y de gracia, llena los vacíos, redondea los picos posándose sobre ellos como una mano suave que quita todas las formas duras y ásperas. Y la luz del sol cae dulcemente sobre la inmensa sinfonía blanca que envuelve a la solemne serenidad de las alturas.

Ing. Enrique ***CHIANCONE***

(Especial para EL DIA)



La "Porta Praetoria" (siglo I a.C.)



El Monte Blanco.



Aspecto general de la sala de las Grandes Pinturas.

EN una nota anterior aparecida en estas mismas páginas nos referimos en términos generales a la llamada "Villa de los Misterios", que se levanta en ls suburbios de Pompeya, construída en el siglo III a. de C. Hoy queremos detenernos a comentar a grandes trazos las pinturas que adornan las paredes de la sala principal de la casa. Ellas constituyen la más bella expresión del género que se conserva, en original, del arte antiguo, y que contrariamente a todas las piezas de alto o mediano valor arqueológico, celosamente retiradas de sus sitios y custodiadas en los museos, las pinturas en argumento se mantienen en su puesto primitivo (aunque bajo severa, necesaria vigilancia).

FINAL SIN GLORIA DE UNA GRAN CASA. — Las casas, que duran siglos, tienen todo el tiempo de ser famosas y de caer luego en la vulgaridad, contrariamente a los hombres, sus moradores, cuya brevedad de *pasaje* les ahorra la tristeza de la declinación humillante.

Así, la "Villa de los Misterios", terminó en casa rural, vivienda de agricultores indiferentes al valor artístico que les rodeaban.

Posiblemente, el fin del esplendor de la morada fue sancionado por el terremoto que sacudió toda la región con graves pérdidas, 16 años antes de la erupción funesta. En aquella circunstancia la casa fue seriamente lesionada — hecho que han podido comprobar sus descubridores contemporáneos — por lo que los cultores dionisíacos debieron de abandonarla y quedó así librada a usos más modestos, menos aparatosos y en definitiva más productivos.

Sin dudas que los nuevos pobladores no debieron de ser muy sensibles a las expresiones del espíritu, de las que tan intenso culto hicieron los precedentes moradores. Afortunadamente, si aquéllos nada hicieron por cuidar las pinturas y los finos estucos que revestían las paredes, nada tampoco hicieron — tal vez por inercia — para destruirlos totalmente.

Luego vino la erupción como una especie de secuestro judicial que puso lacre y sello a todo, hasta casi dos milenios después, que nos llega a nuestras manos como testimonio inmaculado de una época, de una civilización, de un último minuto tan lejano, que reproduce y narra con acentos profundamente sinceros.

LA SALA DE LAS GRANDES PINTURAS. — La sala de las grandes pinturas se halla en el ala derecha — para quien entra — del edificio, mide cinco metros por siete, tiene un rico pavimento de mármol y dos amplios ventanales abiertos al sur y al oeste, frente al mar del Golfo.

Sus cuatro lados internos están cubiertos por frescos de tres metros de altura comprendiendo guardas y escenas animadas de dioses, semidioses y fieles, en número de 29 figuras de dimensiones humanas naturales. Son todas secuencias de un único tema de fondo, que es el de la *iniciación* de una esposa.

El techo del aposento — como los de casi todas las casas de Pompeya — sucumbió posteriormente a la catástrofe por el peso del material volcánico y posteriores depósitos de corrientes aluvionales y de tierras erosivas... En la caída arrastró un apreciable fragmento de la pared frontal de la sala, causa por la que debe de lamentarse la mutilación parcial de las imágenes allí representadas.

INTERPRETACION DE LAS ESCENAS. — Las pinturas — según cuanto se ha podido acertar — son obra de un artista campano — de la región de *Campania* — y habrían sido realizadas a mitad del siglo I a. C.

La dueña de casa, que se muestra pintada de cuerpo entero, imperialmente sentada y cubierta con solemnes atuendos, aparece frente a las restantes figuras como si controlase sus acciones o las dirigiera: es la ministra del culto dionisíaco.

En la pared norte, abre la escena la joven destinada a la *iniciación*. Un muchacho — Dionisios niño — lee las prescripciones rituales que constituyen la ceremonia. La Sacerdotisa, sentada, con volumen en una mano y un estilete en la otra, sigue la lectura con aire compuesto de autoridad, mientras que de pie, con la cabeza cubierta por un manto, se ve la joven objeto de la iniciación.

Sigue una ayudante que avanza hacia la derecha, tiene una corona de mirto circundando su frente y lleva en las manos una bandeja con ofrendas sagradas.

Aparece luego un grupo de tres mujeres, una sentada de espaldas y las otras dos de pie, ante una mesa o ara. Están realizando un sacrificio.



Otra sacerdotisa se apresta a cumplir

LAS GRANDES PINTURAS:

Continúa la imagen de un viejo obeso y barbudo con el torso descubierto, que toca la lira: es *Sileno*, el maestro preceptor de Dionisios (o Baco), símbolo aquél de la embriaguez y de la desenfrenada lascivia.

Vemos después un joven tocando la flauta. Es del cortejo del dios Pan. Parece acompañar a Sileno en su repertorio. Al lado, sentada, una joven mujer amamanta con su propio seno una cabra.

Otra mujer, de pie, retrocede en actitud evidente de espanto, viendo (en la pintura



Junto a la sacerdotisa sentada, Dionisios niño lee a la joven que deberá ser iniciada en el ritual.



La joven iniciada recibe azotes como símbolo de expiación y de purificación en tanto esconde la cabeza en el regazo de una bacante. Otra bacante danza.



...ficio, ayudada por dos bacantes. Sileno, pulsando la lira.



Joven que acompaña a Sileno con su flauta. Bodas de Dionisios y Ariadna.

DE LA "VILLA DE LOS MISTERIOS"

de enfrente) un genio alado que azota una compañera suya.

Viene sucesivamente la escena de Sileno con los satirillos. Le sirve vino a uno de ellos en su escudilla, mientras que el otro, con gesto divertido, muestra la máscara del propio Sileno a espaldas de éste.

Aparecen luego Dionisios y Ariadna ,esposos, símbolo de la felicidad a que pueden aspirar los *iniciados*, en un lánguido abandono amoroso. Lamentablemente, por las circunstancias que señalamos antes, las dos figuras aparecen decapitadas.

Sigue la de una mujer que se arrodilla y descubre mostrando en la cesta mística el símbolo de la fecundidad. Frente a ella se yergue, temible, la figura de un genio alado, con grandes alas negras y una fusta que alza en actitud amenazante.

Castigará a la joven *iniciada*, que aparece a continuación, de rodillas, con el torso desnudo y refugiando la cabeza en el regazo de una compañera.

En la secuencia inmediata, una bacante desnuda, tocada apenas con sutiles velos, se entrega a una danza desenfrenada, ebria de vino y de dicha por la *iniciación*.

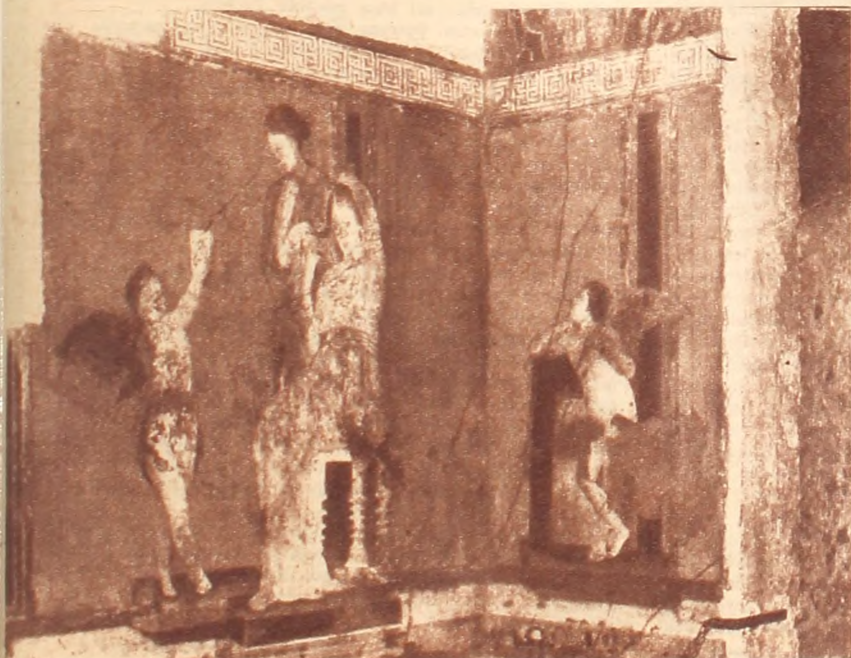
La escena se interrumpe en su continuidad material por la gran ventana interpuesta y orientada hacia el Sur. Sigue luego la representación de una mujer *iniciada* en los misterios, que se peina ayudada de una bacante, mientras un Cupido le tiene el espejo y el otro, con su arco en mano, la contempla arrobado.

Los demás ambientes y aposentos de la "Villa de los Misterios" ofrecen también pinturas en dimensiones más modestas figurando escenas que transcurren siempre entre sátiros y bacantes, bajo la dirección nada tranquilizante de Sileno y movidos por la alegría delirante que les enciende el vino.

Juan RASO

Nápoles, mayo de 1964

(Especial para EL DIA)



Una joven es preparada para la iniciación. Un amorcillo sostiene un espejo.



Una bacante descubre la cesta mística con el símbolo de la fecundidad, mientras un genio con grandes alas negras alza el látigo para azotar.

ALGUNOS JUEGOS DE NIÑOS...



¿Qué parábola le quedaría a Rodó de lo nuestro, de nuestro niño y su juego?

El niño es, naturalmente, un imitador y en ello hallamos, en general, una fuente risueña en la que influye, también, un sentimiento de ternura. Cuando juega, a solas o en grupo, el niño copia algo visto en su ambiente cotidiano, en aquello que pudo golpearlo, para bien o para mal. La niña juega a las muñecas con todo el vocabulario, gesticulaciones, exageraciones, severidad o mimo de una madre. Arma, en otras ocasiones, su escuela, su clase y pasa las penurias de una directora o de una maestra. Recordamos, entre la sonrisa y la pena, a una niñita que jugaba tras un muro vecino, ajena a nuestra presencia. Por ella recreé inmediatamente a su maestra y a sus condiscípulas. Estas promovían disturbios de variado matiz, protestaban, reían, conversaban, desatendían; pero aquélla —a través de la niña— se me representó gritona, insultante, desaforada, impotente. Los que estamos en la docencia deberíamos más de una vez oir a un niño jugando tras la tapia y hacer un examen de conciencia; recordar que nuestra actuación diaria, agradable o penosa, bien o malamente cumplida, será alguna vez imitada con una fidelidad de léxico y actitudes que podrían sernos una lección más ejemplar que la leída en cien manuales pedagógicos. Confesamos que oyendo hasta el fin del juego a aquella pequeña imitadora de su maestra, enrojecimos de vergüenza y hasta sentimos el impulso de hacernos presente para acallar la inocente y no querida acusación infantil.

La niña juega a ser señorita y se acicala y viste parodiando a su madre o a otro miembro femenino de la familia. Desnuda así afeites, ropas y adquiere desenvoltura mundana o empieza la retahila de quejas de la que no se excluye por cierto, rezongando por su "nena", que no come o desobedece.

No entremos, desde luego, a los casos patológicos sino quedémonos en este plano saludable que, por cierto, no evita las situaciones dramáticas, como la de aquella otra niña que, tomando la voz de su madre, reprochaba a su muñeco —en realidad su "marido"— el "estado vergonzoso" en que volvía al hogar...

Rodó veía, en su célebre parábola, al niño que juega con su copa hasta volverla muda y de allí nos entregaba una de sus muchas, finas y melancólicas lecciones. La avalancha literaria presente nos ha hecho postergar en demasía la relectura de Rodó. O, tal vez, Rodó como Cervantes son autores que pide la madurez y hoy día, más que nunca, la madurez tarda en llegar. Tarda tanto que la mayoría se muere sin haber gustado su sabor.

¿Qué parábola le quedaría a Rodó de lo nuestro, de nuestro niño y su juego? El varón sigue teniendo un campo más amplio y la niña, en ocasiones, se le pliega, sobre todo si se da el caso de una mayoría circundante de hermanos y primos. Ha llamado la atención de sociólogos, pedagogos y padres conscientes la abrumadora cantidad de juguetes bélicos (si así puede llamárseles) que se venden en el comercio. Hasta se iniciaron campañas, y creemos que de muy débiles resultados, en contra del "regalo-arma". Pero no culpamos a quienes la emprendieron con un impulso mil veces loable. ¿Es posible luchar contra todo el engranaje de la sociedad envolvente? Si la televisión nos trasmite a toda hora el espectáculo agobiante —la proporción de ser realizada horrorizaría—, de una violencia evidente donde el arma es el único vocabulario de los famosos "buenos" y "malos", el niño exigirá en su juego esa misma arma, ocupe el lugar del Llanero Solitario o del Detective o del ladrón y asesino. Si el libro o la historieta reiteran el mismo planteo de la lucha o la batalla, el niño necesitará su casco de guerra interplanetaria o su pistola de recursos atómicos.

En realidad, el niño no sabe ni comprende "la guerra fría" de los mayores. El niño juega con los trágicos titulares de los diarios. No juega por cierto, a conferencias diplomáticas ni a tratados ni promesas. Es invasión, guerrilla, ataque y emboscada. Alguien nos decía, una vez, que ante una ola de crímenes en su pueblo natal, los niños habían empezado a familiarizarse con el juego de "la crónica roja"...

Así, pues, el problema —el drama, diríamos— es colectivo, es universal. Una avalancha no se detiene con el heroísmo de dos o tres y el arrojo de otros pocos. Las avalanchas nos dejan con vida si las solucionamos de dos modos diametralmente opuestos: dejándolas pasar u organizándonos lúcidamente contra ellas. La primera actitud sabemos qué provoca: el arrasamiento de aquellos y aquello que viene después de nosotros. En una montaña, el alud sigue agrandándose y puede aplastar a un valle entero después de haber desarraigado todo cuanto estaba a su paso. Sobre la muerte, distante de nuestra comodidad y salvación, humeará largo tiempo el eco y vestigio de nuestra culpa. Pero está la otra actitud. Que es prever la avalancha, asegurar los pasos, elevar barreras, afirmar las existentes. Y ésta no es tarea sólo del ingeniero, del técnico, del vigía. Es de todos, del grande al chico, del humilde al poderoso. En nuestro caso, el del niño armado para su juego, la tarea no es del maestro o del profesor, únicamente, sino del hogar —y no creemos que sea "voz clamando en el desierto"— tarea del comerciante y del organizador de espectáculos. Si éste auspicia las escenas de violencia, terrorismo y muerte, si de la guerra no hace nacer el clamor de la paz y si deja del crimen un cierto halo de inteligencia y la duda de "yo hubiera sabido hacerlo mejor", la sociedad debería condenarlo. Porque vivimos, como tantas otras épocas de la humanidad, un clima de brutalidad o bestialidad, pero también un clima de investigación, sueño y progreso. Si el comerciante quisiera, su armazón de propaganda desviaría la atención hacia otros juguetes que no fueran los trasmisores de muerte. Bien sabemos todos cómo se impone una moda y hasta los más reacios a caer, claudican ante ella. Si el comerciante ha sabido explotar el tierno sentimiento de las fechas familiares con su "Día de..." que hace devorar las existencias de sus estanterías, una propaganda hábil, que llamara al público por sus calidades y no por concesiones fáciles y de corte sombrío, a la postre, lograría mucho más de lo que se cree.

Y queda, siempre al fin, como eje del individuo la familia y quienes deben ser sus rectores. Recogiendo opiniones de un grupo de profesores que comenzaron a hablar amigablemente, donde había madres y padres de toda edad y nacionalidad (algunos de países que conocieron la guerra y la persecución racial), donde se inició el tema e intercambio de anécdotas infantiles, hubo un instante en que se planteó una doble actitud de niño: la del que se acerca al animal con una inverosímil ternura y la del que lo toma como blanco de su crueldad. Así, para los primeros, esta frase memorable de una niña que vuelve de una gran fiesta infantil: "Ah, mamá, qué fiesta preciosa, qué casa divina. Había dos perritos y un gato!"

Y, para los segundos, ninguna ilustración mejor que el niño armado de honda. Pero cuando el niño la lleva, la usa y disfruta, no le digamos una palabra de reproche ni intentemos una lección. Estudiemos a sus padres. Por desgracia, conocemos mucho el problema quienes solemos andar por nuestros bosques. Un día, vimos volver a un chico de diez años con la cintura adornada por palomas muertas. Exhibía el trofeo con soltura y ufanía. Se dirigía triunfal hacia su casa. Al hacer un comentario entre amigos, un jovencito nos aclaró: "Cómo va a tener miedo de volver a su casa si su propia madre se las pide para utilizarlas en la cocina"... Y hemos visto a un padre iniciando a un niño de seis años en esta innoble cacería.

¿Qué oscuras fuerzas dominan en los mayores que así se comportan? ¿Es insensibilidad? ¿Es un viejo rencor dañino que aflora, indomable y sordo? ¿Es, acaso, un equivocado deseo de afirmar la virilidad del niño?

Ante nuestras preguntas, un padre nos respondió: "Todos los compañeros de mi hijo se divierten con hondas; él no puede quedarse atrás". Y acotó con una disculpa, esencialmente errada: "No se preocupe, tiene mala puntería". Este era el detalle menor y desechable, precisamente. ¿Y el impulso? ¿Y el ejercicio de matar un pájaro o destruir un nido, no era y es lo único grave? ¿Qué siente el niño en su saña negativa? ¿Qué experimenta cuando su presa se desploma del árbol? Nada, dirán algunos; todo queda en una emoción de superficie, en un triunfo que no va más allá de un acto deportivo; el niño no sabe exactamente qué es matar o morir ni siente culpa mientras se divierte. No creemos que sea tan simple ni tan rotundo el poder alzarse de hombros. Porque hay una distancia entre ver la muerte cinematográficamente o en imágenes y hacerla tangible, en actor. Y más aún cuando el actor tiene el alma o el corazón maleables como una arcilla recién amasada, cuando su espíritu no ha entrado en un cauce sin turbaciones.

Miremos jugar a los niños y aprendamos nuestra lección personal. Ellos nos devuelven nuestra propia imagen y la del mundo que los rodea. Hagamos, por ellos y por nosotros mismos, que nuestra mirada recoja su reflejo de inocencia y alegría.

Rolina ***IPUCHE RIVA***

(Especial para EL DIA)

Mayo de 1964.

RICARDO STRAUSS Y NUESTRA MUSICA



Eduardo Fabini, en la época.



Ricardo Strauss, en la fecha que dirigió "Campo" de Fabini, en el Colón de Buenos Aires.

EL mundo artístico occidental celebra, en 1964, el primer centenario del natalicio de un gran músico alemán: Ricardo Strauss. Conciertos con sus obras, puesta en escena de sus óperas, en los más importantes teatros europeos y americanos; conferencias, exposiciones y otras formas de recordación transitoria o trascendente del eminente compositor, demuestran la poderosa influencia que su arte ha ejercido durante los últimos años del siglo pasado, y las dos primeras décadas del actual. Los actos de homenaje a Strauss alcanzan su mayor brillo en su ciudad natal: Munich, capital de Baviera, donde se inició el "año straussiano" con la representación de su ópera "El caballero de la rosa". En este junio, mes central del amplio ciclo evocativo (pues Strauss nació el 11 de junio de 1864), se inaugura en el Museo Municipal de Munich, la Exposición "R. Strauss y su época", con documentación exhaustiva sobre su obra. En estos precisos días, se encuentra en pleno desarrollo esa variada muestra musical, que comprende registros fonográficos, magnéticos, conciertos y visitas colectivas. Una moneda especial, acuñada en oro, podrá ser adquirida en Munich y en toda Alemania. Esta pieza conmemorativa muestra, en su anverso, el busto de Ricardo Strauss, y en su reverso a Dafne, transformada en un "laurel que canta". Mientras tanto, desfilan por Munich los cantantes de mayor fama internacional, llamados a interpretar las diecisiete óperas escritas por el músico que, — según el Dr. Kurt Pahlen — es único en "compartir con Puccini, el título de mayor operista del siglo XX".

STRAUSS EN EL PLATA

Dejemos por un instante de lado, tan fastuoso programa de celebraciones, indudablemente justas. En todo compartimos nuestra admiración por el autor de *"Don Juan"*, *"Una vida heroica"*, *"Muerte y Transfiguración"*, *"El caballero de la rosa"* y otras obras llamadas a perdurar en el tiempo. Pero preferimos detener, por un momento, nuestra mirada, en un acontecimiento artístico que en la vida del gran compositor germano constituyó sólo una página breve; pero que resultó de incalculable trascendencia para dos músicos rioplatenses: Floro Ugarte, argentino, y Eduardo Fabini, uruguayo. Según las crónicas que obran en nuestro poder, Ricardo Strauss hizo dos visitas al Río de la Plata: en los años 1920 y 1923. Su segundo viaje (1923) es — de acuerdo con las mismas fuentes —, el más importante, puesto que llegó a estas latitudes, al frente de la famosa Filarmónica de Viena, con la cual actuó en el Teatro Colón de Buenos Aires, y pocos días después, en nuestro Solís. Centremos, pues, nuestra atención en esta segunda visita; y encontraremos, de inmediato, dos acontecimientos de suma importancia, que determinan la primera fase, la iniciación de la carrera de dos músicos criollos, en un plano de conocimiento *internacional.*

*

La noche del 22 de agosto de 1923, el Teatro Colón presentaba el aspecto propio de las grandes fiestas del arte y de la sociabilidad. Era la Filarmónica de Viena, orquesta heredera de las más gloriosas tradiciones artísticas europeas, la que por segunda vez llegaba hasta Buenos Aires. Y si en su primera visita (1922) había sido conducida por un maestro de la talla de Félix Weintgartner, en esta segunda instancia, traía a su frente, nada menos que a Ricardo Strauss, tan famoso como compositor, y no menos apreciado como director orquestal. En el programa del primer concierto, figuraban la Octava Sinfonía de Beethoven, la "Burlesca" para piano y orquesta, con Alfred Blumen como solista, *Sinfonía Doméstica* (ambas, de Strauss), y el Preludio de *Lohengrin* de Wagner. Pero el público bonaerense encontraba, a la cabeza del programa, un nombre hasta entonces desconocido: EDUARDO FABINI, cuyo poema sinfónico *Campo* había sido estrenado el año anterior, en Montevideo, bajo dirección de Vladimir Shavitch.

Sabemos hoy bien, que esa inclusión de una obra uruguaya, en carácter de pórtico para el primer concierto de la Filarmónica de Viena, constituía un honor; una distinción realmente justa al ilustre músico nacional que había abierto las puertas de nuestro genuino arte sinfónico. Pero debemos agradecer siempre a la generosa, oportuna y eficaz gestión que, ante el maestro alemán, había cumplido nuestro distinguido compatriota don Cirilo Grassi Díaz, Director del Teatro Colón, e incansable propulsor del progreso musical en ambas orillas del Plata. Al mismo ciudadano debemos la organización del concierto que, en 1922, se llevara a cabo en el desaparecido Teatro Albéniz, y en cuyo programa figuraba *Campo* en carácter de estreno absoluto. Y *Campo* triunfó en Buenos Aires; aunque de una manera inesperada, que parecía contraria a todo lo previsible, frente a una corriente de opinión popular, orientada, — lógicamente — hacia la admiración incondicional por Ricardo Strauss. La crítica señaló los méritos de la obra de Fabini; pero concordó también en que había tenido "una ejecución fría", sólo propia de un conjunto instrumental seguro, aunque no compenetrado bien del espíritu de nuestra música. Lo mismo se dijo, a raíz del segundo concierto, sobre la ejecución de *"Entre las montañas"*, poema sinfónico del compositor argentino Floro Ugarte. Acerca de esto, escribía "La Prensa" bonaerense, el 28 de agosto de 1923: "En cuanto a nuestro arte, que también tiene derecho a ser tenido en cuenta, ha sido representado por *"Entre las montañas"* de Floro M. Ugarte y por *Campo*, poema sinfónico del compositor uruguayo Eduardo Fabini. Ambas obras merecieron un *descortés desdén;* se ofrecieron al público después de una rápida lectura, — no confundamos lectura con ensayo — hecha de prisa, *sin inquirir la opinión del desdichado autor; sin preocupación alguna del matiz y de los movimientos"* (el subrayado es nuestro). Y agregaba: "El maestro Strauss, talento consagrado, pudo tener un poco de consideración hacia sus jóvenes colegas sudamericanos, por más convencido que esté de que "en este país no puede haber ni buenos vinos ni buenos músicos", según ha declarado (se dice) con mayor franqueza que justicia". Terminaba el crítico, esta parte de su crónica, aseverando: "Lo lamentable es que el grueso del público, al escuchar esta obra argentina tan deplorablemente ejecutada, exclamara: *Si dirigida por R. Strauss es tan poco interesante, es que es francamente mala;* pues, lógicamente, no supondrá jamás que de tan eminente batuta pueda salir una mala y descuidada ejecución"...

TEATRO COLON
Concesionarios: FAUSTINO DA ROSA - WALTER MOCCHI
Empresa: W. MOCCHI & Cía.
TEMPORADA OFICIAL 1923
JUEVES 23 DE AGOSTO a las 21.15 horas
ULTIMOS CONCIERTOS por la FILARMONICA DE VIENA
5ª. de Abono a Martes y Viernes
Bajo la Dirección del Maestro RICARDO STRAUSS

PROGRAMA

Campo (Poema Sinfónico)	EDUARDO FABINI
Octava Sinfonía	BEETHOVEN
Allegro vivace	
Allegretto	
Menuetto	
Finale	
Burleske (para piano y orquesta)	RICARDO STRAUSS
Al piano: ALFRED BLUMEN	
Preludio. Lohengrin	RICARDO WAGNER
Sinfonía Doméstica	RICARDO STRAUSS

Piano: "Mason & Hamlin", de la casa Carlos S. Lottermose
NOTA: — Durante la ejecucion de las obras, no se permitirá la entrada a la platea.

Progran.a del concierto realizado el 23 de agosto de 1923, en el teatro Colón de Buenos Aires, en el que figura la obra de Fabini, "Campo", en primer término.

*

Este juicio de "La Prensa" concuerda con lo que el propio Eduardo Fabini refería acerca de los méritos de la obra de Ugarte, a la que encontraba fresca y representativa. Respecto a su propio "Campo", se limitaba a decir que "había salido un poco fría; pero bien tocada". (Ya sabemos cómo Fabini evitaba cargar sobre otros, culpas que él tomaba sólo para sí...) Pero el juicio sobre el "descortés desdén" aludido por el crítico argentino, fue compartido por los que integraron nuestra delegación a Buenos Aires, con motivo del estreno del poema uruguayo: Guillermo Kolischer, Avelino Baños, Vicente Pablo, Carlos Correa Luna, Oscar Chiolo, Pedro Blanes Viale, y nuestro siempre recordado Cyro Scoseria, en carácter de corresponsal de EL DIA.

EL TIEMPO, NIVELADOR

Pese a las críticas desfavorables para la gestión de Ricardo Strauss frente a nuestra música, es muchísimo lo que hoy debemos al mero hecho de que dos obras rioplatenses hayan estado, una vez, confiadas a su genial batuta. El tiempo es un gran nivelador; y también, un taumaturgo que transmuta el oro en barro, o el barro en oro. Asimismo, es capaz de cambiar el signo o el sentido de las cosas. Por eso, si *Campo* tuvo, con Strauss, su primera ejecución en el extranjero — por mediocre o falseada que ésta haya sido —, determinó su ulterior inclusión en el repertorio sinfónico internacional. Y Washington, Filadelfia, Los Angeles, Nueva York, Bilbao, Bruselas, Moscú, París, Praga y otras grandes capitales, le dieron calurosa acogida —. debe verse en la memorable noche de 1923, la piedra fundamental de tan lógico proceso. *Campo* se hizo ciudadano del mundo; y a pocos años de su estreno absoluto, compartió con *La isla de los ceibos*, del mismo autor, el honor de haber sido grabadas, como "primeras obras latinoamericanas", en discos fonográficos de registro eléctrico. (Noviembre 22 de 1927). El tiempo ha acallado las voces discrepantes con la versión del 22 de agosto de 1923, en el Colón. Y hoy sólo queda, como saldo positivo y perdurable, el "espaldarazo" que Ricardo Strauss otorgara a dos ilustres artistas rioplatenses. Es lo que invariablemente evocamos, casi a nuestro pesar, cada vez que oímos la deslumbrante sucesión de melodías del *Rosenkavalier*, las peripecias sinfónicas del *Eldenleben*, o las convulsiones trágicas de la danza de *Salomé*, obras de Ricardo Strauss; heredero del sinfonismo poemático de Berlioz, explorador incesante de los inaccesibles recodos del alma humana. Nunca mejor aplicado, pues, que a este músico, ese epitafio que escribiera al pie de la última página de su *Metamorfosis para 23 instrumentos de cuerda:* **IN MEMORIAM.**

Roberto E. LAGARMILLA

(Especial para EL DIA)

FIGURAS DEL TEATRO RIOPLATENSE

HACE un año, en Roma, al regresar del aeropuerto de Fiummiccino, en el que habíamos despedido a la Comedia Nacional en su regreso al país, después de una actuación exitosa, que recibimos la noticia. Fue un cable escueto, de nuestros amigos Gallichio y Bacigalupi, con dos palabras: "Falleció Lenzi".

Muchas veces, nos hemos sentado frente a la máquina, con la intención de recordarlo y han habido amigos comunes que nos han manifestado su extrañeza de que hasta ahora no lo hubiéramos hecho. Pero, cuando la amistad está herida, nunca se es justo en los juicios ni en los recuerdos. Y por no caer en la sensiblería, o cursilería, de una pena que nos honra, hemos dejado transcurrir los meses sin romper el silencio.

Hoy, a un año de la partida, con la cicatriz del tiempo, evocamos a Lenzi en los recuerdos de teatro que, periódicamente, venimos escribiendo para estas páginas.

Han pasado cuarenta años. En junio de 1924, se inició nuestra amistad. Poeta laureado con varios libros publicados — "Poemas", "Nijinsky", "Mística" y "La Estatua" — colaborador literario de "La Mañana" — había obtenido ya su primer éxito en el teatro con una pieza escrita en colaboración con Carlos María Vallejo, titulada "El domador", estrenada en el teatro Politeama por la compañía Blanca Podestá. Figura de prestigio en el ambiente intelectual y mundano de aquel Montevideo feliz, buscó en el teatro una ventana abierta a su espíritu. Y en ella nos encontramos, aunque muchos creyeran que no podía perdurar una colaboración entre dos personas tan distintas. Lenzi, tenía sus ruedas de amigos en el Club Uruguay y en el Jockey Club. Nosotros, en un café de la Aguada, rincón de amigos que nunca olvidamos. Eran las noches de Lenzi, con su elegante smocking y su flor en el ojal, las mejores fiestas mundanas de nuestra sociedad... Y las nuestras, el rincón oscuro de la mesa de trabajo en la Redacción de "La Razón" y las madrugadas en el Tupí Nambá o el "Jauja", con los críticos, actores y autores de la época... Entre esos dos mundos tan distintos, destinamos, cada día, más horas al café fraterno, hablando de teatro, siempre de teatro... Comentarios, ideas, proyectos... Y en 1925, en el teatro Albéniz, estrenamos la primera obra en colaboración, con muy buena fortuna, quedando así bautizado un binomio que arrojó a los escenarios rioplatenses cincuenta y tres



Carlos César Lenzi.

títulos — entre piezas originales y traducciones — muchos de los cuales lograron centenares de representaciones. Noches hubieron, entre los años 1930 y 1940, en que nuestras firmas estuvieron, simultáneamente, en tres teatros montevideanos y en dos salas bonaerenses.

Era la época de los binomios autorales: Favaro y Blixen Ramírez; Bianchi y Patrón; Soliño y Fontaina; Nebel y Pirotti y tantos otros en nuestro país; Darthes y Damel, Pico y González Pacheco, Goicochea y Cordone, Saldías y Casariego, Discépolo y Da Rosa, González Castillo y Weisbach y otros, en la Argentina.

Epoca de oro del teatro nacional rioplatense. Media docena de salas en Montevideo y treinta escenarios porteños, con elencos y obras de escritores nacionales. Hoy, los autores hablan, se reúnen y hasta hacen mesas redondas buscando la manera de estrenar... Entonces, no había tiempo para esas cosas. Los empresarios y actores estaban siempre en procura de la obra nueva y si eran "representables", la estrenaban y los resultados los determinaba el público y la crítica. Como ahora, como siempre...

CARLOS CESAR LENZI

Medio centenar de piezas que llevaron nuestras firmas, no sirven para testimoniar la importancia ni la calidad de una labor literaria, pero sí, una amistad. Una amistad que fue invariable, en las horas de los éxitos y en la de los fracasos, que son siempre las más difíciles. Caminamos por el teatro juntos, no solamente en la producción, sino también en otras tareas: empresa, dirección...

Creada en 1928, por iniciativa del Ministerio de Instrucción Pública que ejercía el Prof. Don Enrique Rodríguez Fabregat, "La Casa del Arte", fuimos llamados a ejercer la dirección del nombrado instituto —batalla difícil y cuna de tantas iniciativas oficiales posteriores— al que habremos de referirnos en otra nota.

Pero Lenzi tiene otros aspectos de su vida que conviene recordar. Por su manera de ser, su vasta cultura, su innata simpatía personal, encontraba siempre, en todos lados, las puertas abiertas. Era inconfundible su fina silueta, elegante, en aquellas horas del atardecer, cuando los montevideanos paseaban por la calle Sarandí...

Llevado por el Presidente Campisteguy a un cargo diplomático, fue destinado a Hamburgo primero y a París, después. Tenía todas las condiciones necesarias para hacer una gran carrera, pero en 1933 nuestro país fue abofeteado por el golpe de Estado y como él se negara a poner su firma a un telegrama de adhesión al dictador, que enviaran sus compañeros de embajada, pocas semanas después fue dejado cesante. Esa noble y silenciosa actitud suya señala su firme convicción democrática y una conducta y una solidaridad hacia sus amigos personales sacrificados en esa hora: Baltasar Brum, Pablo María Minelli, Lorenzo Batlle Pacheco, su compañero éste de los bancos escolares del colegio "Elbio Fernández", y tantos otros.

Vuelto el país a la normalidad, y creada la Comisión de Reparación a los destituídos por la dictadura, su causa, defendida por el Dr. Juan Carlos Patrón, fue la primera que se resolvió favorablemente.

Viajero incesante, recorrió tierras de América, Europa, Oriente... Cruzó el Atlántico decenas de veces. Residió en París en distintas oportunidades. Era amigo de los más prestigiosos escritores y dramaturgos franceses. Su tango "A media luz", estrenado en una revista nuestra en el teatro Albéniz el 3 de abril de 1926 por la vedette Lucy Clory, fue uno de los trabajos que le proporcionó más satisfacciones.

Siempre recordaba un episodio, que no por conocido, volveremos a reproducir. Estando una noche en el dancing "El Garrón" de París, en rueda de amigos, la actriz Alice Cocea le presentó al dramaturgo Henry Berstein —el más cotizado de los autores en ese momento— quien, al enterarse que era uruguayo lo trató con bastante displicencia.

—Ah!... escritor del Uruguay? Deben vivir muy mal los autores en su país, porque el año pasado han representado cincuenta veces mi obra "Melo" y hasta ahora no he recibido ni un franco de derechos de autor...

Contaba Lenzi que la conversación terminó fríamente. Pero quiso el destino que la orquesta Pizarro ejecutara más tarde "A media luz" y que su director ,en alta voz, la dedicara "al autor, aquí presente". Cuando Lenzi se levantó a agradecer el gesto, Henry Berstein que estaba en otra mesa y que era además un gran bailarín de tangos —cada uno tiene sus debilidades— corrió a abrazar a Lenzi y desde esa noche fueron grandes amigos, al igual que Marcel Pagnol, Louis Jouvet, Marcel Achard, Charles Boyer y tantas otras figuras importantes del teatro francés.

Según las estadísticas de la Sociedad Argentina de Autores y Compositores de Música, esa composición musical, con "La cumparsita" y "El choclo", siguen siendo todavía los mayores éxitos mundiales de la música popular rioplatense. Estamos seguros que el público ignora las fabulosas cantidades que por concepto de derechos de autor proporcionan estos éxitos a sus autores.

Con su sola firma, logró también muchos triunfos. En dos ocasiones, ganó el Primer Premio del Ministerio de Instrucción Pública, con sus obras "Nadie escapa a su destino" y "Maternidad".

—Pero, por más que intente superarme, sigo siendo siempre el autor de "A media luz" —nos decía con frecuencia.

Su apasionada vida sentimental lo llevó de un extremo al otro del mundo. Hay "don Juanes" que sabemos que lo son por lo que ellos cuentan y hay otros que lo son, sin decirlo...

Jamás él señaló un nombre de mujer en las aventuras de su vida. Y negaba las que se le atribuían, aún las ciertas...

Y recordemos otra anécdota.

Una tarde, allá por el año 1927, cruzábamos la plazoleta del Teatro Solís juntos, cuando nos encontramos con el Dr. Carlos María Prando y Blixen Ramírez. Nos detuvimos a conversar y al despedirnos, el doctor Prando, en tono zumbón, le dijo:



Carlos César Lenzi con el famoso director cinematográfico Joseph von Sternberg en el Festival Cinematográfico de Berlín (1932).

—Ah, tengo que felicitarte Carlitos...

—¿Por qué? ¿Por la obra nuestra que están haciendo en el Urquiza...?

—No. Porque me han dicho que Fulana de Tal —y aquí el nombre de una distinguida señora— se está divorciando para casarse contigo...

—Que barbaridad, Prando! Cómo puedes creer eso... Es lo mismo que si te dijeran que esa gran concertista que anuncian esos carteles del Solís y que viene por primera vez a Montevideo, está enamorada de mí...

La respuesta de Lenzi había sido categórica.

Pero dos semanas después, en el "Lutetia", embarcaban los dos, la concertista y Lenzi, rumbo a Francia...

La vida y el tiempo nos señalan los caminos. Sus últimos años fueron de reposo intelectual y sentimental. Formó su hogar y en su paz encontró nueva felicidad, fiel a la buena suerte que lo acompañó toda su vida. En su casa de Buenos Aires, entre sus libros y sus recuerdos, junto a su gran discoteca, su espíritu de selección había encontrado un sendero de nuevas esperanzas.

Pero... "nadie escapa a su destino"... Y el viajero infatigable, se fue en la media luz del amanecer del 10 de junio del pasado año.

El comediógrafo Eduardo Pappo, al despedirlo en nombre de los autores argentinos, dijo, entre otras bellas cosas:

"Se fue con Carlos César Lenzi, una prestigiosa figura del teatro rioplatense, que todavía ayer, a medio día, paseaba su donaire por las calles de su tan querido Buenos Aires; colega y amigo en la amistad y admiración de todos, con su simpatía proverbial y sus brillantes dotes intelectuales... A pesar de sus ansias de viajar, era siempre Lenzi un compañero nuestro...

"Para dar una idea cabal de la importancia, la jerarquía y la significación que tuvo su labor dentro del concierto del teatro rioplatense, basta citar los nombres de quienes fueron algunos de los intérpretes de sus obras: Blanca Podestá, Nicolás Fregues, Florencio Parravicini, Mecha Ortiz, Francisco Petrone, Lola Membrives, Luis Arata, Eva Franco, Josefina Díaz, Miguel Faust Rocha y tantas otras figuras destacadas de la escena rioplatense".

Nosotros le debíamos un recuerdo a Carlos César Lenzi, nuestro colaborador y nuestro amigo, y vayan estas líneas en el primer aniversario de su muerte. Cuarenta años de amistad, no se pueden pagar con tan poca cosa. Posiblemente, lo mejor que hubiéramos podido decir acerca suyo, lo hemos callado... o no supimos hacerlo.

Otra vez será....

Angel CUROTTO

(Especial para EL DIA)



Lenzi en la terraza del Hotel Negresco de Niza (1934) mientras Carlos Gardel ensaya uno de sus tangos.



La noche de la inauguración de la "Casa del Arte", mayo 14 de 1928. Puede verse en la foto, de izquierda a derecha, Carlos César Lenzi, Carlos Brussa, Angel Curotto, Ministro de I. Pública Prof. D. Enrique Rodríguez Fabregat, el pintor Domingo Bazurro, el Presidente de la República Dr. Juan Campisteguy con su señora esposa e hijas, Ministro de Defensa Nacional Gral. J. Mendoza y Durán y el poeta Julio J. Casal.

LAGUNEROS

Al descender del carro, Rodríguez abrió los brazos y respiró hondo. Los esterales lo calaron con un perfume mezcla de barro, raigambres y plantas fermentadas.

Se volvió y dijo:

—Desprende que vengo en seguida.

Carabajal lo vio llegar a la laguna, mojarse la cara, beber en el hueco de las manos y caminar luego por la orilla, masticando tallos de juncos.

Desde la primera vez que vinieron juntos, hacía lo mismo. Volvía cuando Carabajal rasqueteaba el sudor del caballo con un palo, a contrapelo, para que el sereno no lo apelmasara.

Rodríguez arreglaba las cañas contra los troncos de los árboles donde formaban campamento, colocaba una vieja lona sobre el carro, la sujetaba con estacas y hacía la carpa.

Daba puntadas en la conversación:

—Cosa de no creer.

Iban los dos hacia la orilla. El mirasol nadaba con dos pichones sobre el lomo.

Carabajal tomó una piedra chata y la hizo repicar varias veces, lastimando el agua.

El mirasol, zambuyó.

—Un crimen, ahora se ahogan —dijo Rodríguez.

Como a media cuadra apareció de pronto, los pichones encima.

—Linda, la naturaleza —comentó Rodríguez.

Carabajal no lo comprendía.

*

El hombre le hizo la propuesta y aceptó en seguida. Fue a decirle a Carabajal. Carabajal lo dejaba hablar entusiasmado.

Cuidar una casa, plantar algo, criar bichos a medias. El hombre le daba todo, hasta un bote.

—Puedes ir conmigo —concluyó.

Carabajal estaba sin trabajo, dijo:

—Mira que yo voy de visita.

—Tú sabes lo que es andar en ese plato, arriba de un bote.

—Por mí, el bote lo dejas en la orilla, dame un pesquero bueno.

Carabajal quedó aprontando avíos.

*

Daban un azadazo y miraban para los peladerales de la cuchilla. Carabajal había visto primero aquellas piedras que caminaban.

—Son tortugas —dijo Rodríguez.

Se acercaron al alambrado y vieron que eran tortugas. Caminaban lentas en el repecho. Algunas quedaban empinadas como clavadas en la tierra.

Rodríguez, atajándose el sol con la mano, observaba.

—Voy a ver qué hacen.

Carabajal siguió trabajando. Rodríguez dejó la azada, cruzó el alambrado y siguió un trillo del ganado.

Carabajal lo vio agacharse y quedar en cuclillas.

—Si seguimos así, el hombre no va a encontrar nada —pensó.

Rodríguez lo llamaba con la mano. Lo alcanzó con la voz.

—Poniendo.

Cuando llegó Carabajal la tortuga había cubierto de polvo el hueco. Sólo una mancha húmeda, quedaba.

—¿Cómo hizo?

—Tiene cada cosa, la naturaleza —decía Rodríguez.

Después explicaba:

—Escarba y moja, en lo duro. Hace como un aljibe. Cuando hace el pozo pone.

—Si no lo hubiera visto, no lo creía —dijo Carabajal.

*

A la hora que salían las tortugas, Rodríguez con cualquier pretexto dejaba el trabajo.

—Lo pangarió al sol, vamos a largar.

Carabajal miraba los surcos llenos de pasto, la portera caída, el chiquero a medio terminar.

—En cuanto venga el hombre, nos echa —pensaba.

Rodríguez andaba paseando de la laguna a los peladerales, igual que un borracho.

Carabajal le fue siguiendo el rastro sin saber qué buscaba. Se lo dijo.

—Las tortugas machos —contestó Rodríguez.

Carabajal no esperó que viniera el hombre. Cruzando alambrados buscó el camino. Las cañas de pescar al hombro y una bolsa con los pertrechos de pesca.

—En cuanto aparezca, nos corre.

Rodríguez se le rió en la cara. Parecía mentira, Rodríguez tan amigo, ahora desconocido.

—Recién empiezo a probar la laguna.

Carabajal lo miró con tristeza. El otro armaba un cigarro con parsimonia. Lo encendió y comenzó a hacer rayas sobre la arena, con un palito.



Dos días anduvieron cuidando las tortugas. Hasta con la luna salieron a cuidarlas. Tiraban los aparejos y rastreaban la orilla sin encontrar nada.

Carabajal se entretenía sintiéndolas morder la carnada. Haraganas para prenderse del anzuelo. A veces se sentía el reinal arrastrado por el fondo.

Rodríguez retornaba, tanteaba la línea y quedaba fumando.

Estaba agachado, fija la vista en una estrella lejana, cuando vio que el estero viajaba.

Se acercó a Carabajal.

—Está picando.

—¿Tortuga?

—No; bagre o tararira.

Le señaló el estero. El viento les daba en la cara. Las nubes comenzaron a manchar de sombras. Algunos gritos agujereaban el silencio. El pique cesó. Los esterales resbalaban en el agua.

—Vamos a seguirlos en el bote.

Rodríguez había empezado a recoger el aparejo.

—El vino te ha dado por mal lado.

—No; en serio, capaz que encontramos las tortugas.

Carabajal dejó el aparejo en una estaca. Rodríguez acercó el bote. Carabajal estuvo por decirle que no iba pero Rodríguez no le dio tiempo.

Mira, vamos a descubrir algún secreto.

*

Anduvieron horas rozando aquel mundo de plantas. Varias veces los canales se cerraron y a remo, Rodríguez los fue abriendo de nuevo.

Carabajal creía que no salían más, pero Rodríguez era como nacido allí; un ruido o la zambullida de un carpincho ya le abrían brecha.

Cuando llegaron frente a las casas, Carabajal le dijo:

—Si quieres seguir loqueando, loquea solo.

—Quieres cosa más linda que a medianoche desnudar la laguna

—Ves, éste es el canal del medio.

Carabajal abrió los brazos desconsolado.

—¿Por qué no terminamos el chiquero?

Rodríguez ni lo oyó. Colocó una piedra donde estaban las líneas.

—Tenemos que llegar a esta isla.

—Yo me voy —dijo Carabajal. Este fin de semana se acaba todo.

—Por mí, que reviente.

Después Rodríguez le dijo que allí no habían parado ni los indios. Que él estaba porque le gustaba la laguna, y que si se quería ir, que no estaba atado. Carabajal se fue.

*

Carabajal estaba en el boliche de Pedroso, tomando vino y hablando de Rodríguez.

—Usted que lo conoció, no lo conoce, lleno de misterio.

Pedroso afirmaba con la cabeza, sonriendo.

Entonces vieron por la puerta, el carro de Rodríguez. Rodríguez estaba alegre, satisfecho.

—Hace media hora que te ando buscando.

—¿Qué pasa?

—Vamos a buscar tu linyera, te llevo de vuelta.

Carabajal se acercó al carro. Rodríguez no lo dejó ni hablar.

—Descubrí el secreto.

Carabajal ni se acordaba de las tortugas. Fue necesario que su compañero insistiera. Le dio dinero y ordenó:

—Paga lo que debes y compra tabaco.

Carabajal volvió al boliche. Después Pedroso lo vio hacer pie en el estribo y trepar. Tomó las riendas. Rodríguez le explicaba algo. Llevaba las manos como si rezara.

Carabajal reía. No sabía si por el relato de Rodríguez o porque había encontrado al compañero.

Ricardo Leonel FIGUEREDO

(Especial para EL DIA)

(Ilustró: M. A. Bonilla)


EDGAR RICE BURROUGHS
Tarzan
EN EL CORAZÓN DE AFRICA UN AVION DE PASAJEROS PLANEA SOBRE LA COPA DE LOS ARBOLES.


...SIENDO LOS ÚNICOS TESTIGOS UN GRUPO DE AVENTUREROS...


¡PERO SUS ALAS Y RUEDAS ESTÁN EN POSICION DE DESCENSO!
ESTE AVION ESTÁ DESCENDIENDO...DEBE TENER PROBLEMAS!
Tm. Reg. U. S. Pat Off.—All rights reserved Copr. 1963 by United Feature Syndicate, Inc.


¡YO SOY AVIADOR, TARZÁN, Y DESDE AQUÍ TODO PARECE INDICAR UN ATERRIZAJE NORMAL!
PERO LO CIERTO ES QUE POR AQUÍ NO HAY NINGÚN CAMPO DE ATERRIZAJE!


¡DESAPARECIÓ TRAS DE LOS ÁRBOLES!
DEBERÍAMOS HABER OIDO UNA EXPLOSIÓN!
¡OH!. POBRE GENTE!


MINUTOS DESPUÉS...
¡EH! NADA DE RUIDOS EXTRAÑOS
LA ÚNICA EXPLICACIÓN ES QUE HAYAN ATERRIZADO.
DR. JONAH, LLEVEME A LA ORILLA.
JOHN CELARDO


PRONTO PARA SER TRANSPORTADO.
1695


TE ESPERAREMOS ACÁ, TARZÁN, TAL VEZ PODAMOS AUXILIAR A LOS SOBREVIVIENTES.
¡SI LOS HAY!

otoño e invierno

CONFECCIONES PARA NIÑOS

Soler tiene! Soler conviene!

NUEVO HORARIO CONTINUO
9 y 30 a 18 y 30 hs.

1 - CONJUNTO de vestido y chaqueta, realizado en ottomano de lana, vestido con detalle de tablas y chaqueta recta con vivos en pied de poule. Talle 4 **$ 193**
Aumenta $ 6.50 por talle

2 - SOBRETODO para varón realizado en paño "Telbury", modelo cruzado, de impecable corte. Talle 4 **$ 415**
Aumenta $ 20.- por talle

3 - TAPADO para niña realizado en paño pelo de camello, modelo recto con detalle de pespuntes. Talle 4 **$ 268**
Aumenta $ 12.50 por talle

4 - TRAJE de jovencito de casimir fantasía, modelo derecho, de esmerada confección **$ 420**

5 - GABAN para jovencito, confeccionado en paño pelo de camello, modelo cruzado, de impecable corte Talle 38 **$ 550**

6 - TAPADO para niña realizado en duvetina, modelo con doble abotonadura y martingala. Talle 4 **$ 220**
Aumenta $ 7.65 por talle

7 - PINGUINO para bebe confeccionado en paño duvetina, modelo con cierre desmontable. Talle 2 **$ 152.50**
Aumenta $ 10.50 por talle

8 - TAPADO para niña o jovencita confeccionado en tweed fantasía, modelo clásico con doble abotonadura. Talle 4 **$ 243**
Aumenta $ 9.00 por talle


1




2


3

CASA MATRIZ: Av. Agraciada 2302 y M. Sosa - Tel. 20 09 61
SUC. CORDON: Av. 18 de Julio 1601 - Tel. 40 41 11
SUC. CENTRO: Av. 18 de Julio 958 casi R. Branco - Tel. 9 40 59
SUC. UNION: Av. 8 de Octubre 3790 al 94 - Tel. 5 40 35